

< Capítulo 2 >

Crujido, crujido.

Un androide de aspecto tosco me quitó las prótesis dañadas y comenzó a repararlas. A medida que sustituía algunas piezas torcidas, el indicador de error rojo de la pantalla de mantenimiento cambió a verde.

—Voy a conectar el sistema nervioso, Luka.

—Entendido.

Tras mi respuesta, el androide conectó el punto de unión entre el tejido biológico y la maquinaria.

Clac.

Un dolor sordo se extendió. Era como si docenas de agujas me perforaran el muslo al mismo tiempo.

—Si hay algún problema...

—No, continúa.

Doblé y estiré la pierna que antes estaba rota mientras hablaba. El androide se levantó y se alejó con rigidez.





La habitación estaba en silencio. Cerré los ojos y comencé a meditar, adormeciendo mis sentidos lo suficiente como para dejar descansar mi tenso sistema nervioso. Todo era algo que había aprendido en la academia de entrenamiento de la Guardia Imperial.

Disfrutaba de mi tiempo a solas. Para mí, incluso eso era un privilegio.

«En el orfanato, nunca tenía tiempo para mí mismo, con una docena de niños compartiendo una sola habitación».

En ese momento, los días en el orfanato parecían un recuerdo lejano.

En la Guardia Imperial, incluso los cadetes tenían sus propias habitaciones, un alojamiento extraordinariamente lujoso. Además, como los graduados de la Guardia eran esencialmente oficiales de élite, les esperaba un futuro prometedor.

«Es prácticamente un camino garantizado hacia el éxito».

La Guardia Imperial era una unidad directamente bajo el mando del Emperador, una posición prestigiosa por la que cualquier ciudadano del Imperio Accretia estaría dispuesto a morir. Cuando se presentó la oportunidad, no podía permitirme dejarla escapar.

Estaba más desesperado que mis compañeros. A diferencia de ellos, que eran de noble cuna, yo, nacido en la clase baja, no tenía otro camino que convertirme en cadete de la Guardia.

Perdido en mis pensamientos, fruncí ligeramente el ceño y abrí los ojos. Había oído pasos procedentes del pasillo fuera de la puerta.





Incluso los golpes sonaban pulcros. Tras una pausa de un solo respiro, se oyó una voz.

«Soy Ilay Carthica. Luka, deseo hablar contigo».

Ilay Carthica. Lo conocía bien. El cadete armado que había luchado contra los condenados a muerte ante mí, ese era Ilay.

Tenía la sensación de saber por qué estaba allí. La verdad es que también había sido consciente de su presencia durante todo el entrenamiento.

«... Adelante».

Saludé a Ilay, sentado en una postura formal. La puerta se abrió e Ilay entró en mi habitación.

«Ilay Carthica».

Un chico de una familia renombrada. Su brillante cabello rubio y sus ojos azules le daban un aspecto aristocrático. Incluso sin mencionar su nombre o sus antecedentes, la gente lo consideraría un joven noble. Incluso el sencillo uniforme gris de cadete le quedaba elegante.

«¿Puedo sentarme?».

Ilay miró la silla junto a la ventana y habló. El sol se había puesto hacía tiempo, dejando el mundo exterior envuelto en la oscuridad y la humedad.





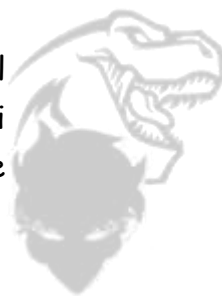
—No pretendo dejar a mi invitado de pie. Siéntate.

—Hoy te he visto luchar contra el condenado a muerte. Muy impresionante.

Ilay levantó ligeramente la barbilla mientras hablaba. Sus pupilas, ya sustituidas por ojos cibernéticos, brillaban ocasionalmente con un tenue resplandor en los bordes.

«Si has venido aquí con la intención de intercambiar palabras halagadoras y fomentar algún tipo de amistad, te has equivocado de persona, joven maestro».

Lógicamente, no había necesidad de hablar de forma tan agresiva. Pero, tal vez porque mi sistema nervioso estaba agotado, me costaba contener mi irritación. Era como si llevara días sin dormir. Estaba en un estado bastante sensible.



Bueno, eso era solo una excusa. Sabía que había una razón más profunda detrás de mi actitud brusca.

La causa fundamental era mi envidia. Procedente del orfanato, un lugar para aquellos de nosotros que ni siquiera teníamos un estatus de dos dígitos, no podía precisamente recibir con los brazos abiertos a un chico noble de mi misma edad. A diferencia de mí, limitado a prótesis, el cuerpo de Ilay estaba mejorado con órganos cibernéticos y varios implantes.

Ilay se limitó a encogerse de hombros y sacó una pastilla de su bolsillo.

«Si te tomas esto, reducirá temporalmente la sensibilidad de tu sistema nervioso. Te ayudará a descansar más eficazmente».



Ilay se metió la pastilla en la boca y se la tragó primero, como para demostrar que comprendía perfectamente mi estado. Eso solo hizo que me cayera aún peor.

«No la necesito».

«Con ese nivel de fatiga, afectará a tu entrenamiento de mañana. Sabes tan bien como yo que esto no es algo que puedas superar solo con fuerza de voluntad. Al fin y al cabo, eres excepcional».

Cerré los ojos y suspiré. Ilay tenía razón. Era muy consciente de mi estado actual. Me estaba dejando llevar por emociones ineficaces.

Swish.

Extendí la mano y cogí la pastilla. Era un tipo de supresor sensorial.

Gulp.

El efecto se notó casi de inmediato. No se parecía en nada a las imitaciones que se vendían en la calle. Aunque mis sentidos se embotaron, no me resultó desagradable. Era una sensación relajante, similar a la cálida tranquilidad que se siente justo antes de quedarse dormido.

La irritación que me había costado tanto soportar se calmó hasta un nivel manejable. Sentí que incluso podía decir un cumplido que no sentía.

—Tus habilidades tampoco estaban nada mal, Ilay. Solo hice lo que te vi hacer.





Ilay era un tirador que podía alcanzar una bala con otra bala. Si no lo hubiera visto de cerca, ni siquiera habría considerado desviar balas con mi espada.

—Es más impresionante lograr algo que nunca has aprendido en el momento. Como puedes ver, tengo buen ojo para el combate, así que no me cuesta calcular la trayectoria. Pero tú lo has conseguido solo con tu instinto».

Ilay se tocó el ojo con el dedo. Sus palabras no parecían falsas; daba la sensación de que me estaba felicitando de verdad. De repente, me sentí mezquino.

¿Y a quién no le gustan los cumplidos? Yo no era una excepción.

Mantuve mi expresión cuidadosamente neutral.

«... Entonces, ¿qué te trae por aquí?».

«He oído que eres un irregular de un orfanato. Quería saber más sobre eso. Nunca he estado en el sector inferior».

Era un comentario que podría haber resultado ofensivo. Al parecer, el joven maestro acomodado siente curiosidad por la vida en los bajos fondos. Pero su tono era cuidadoso y educado. Sobre todo, percibí una curiosidad genuina.

«No hay mucho que contar. Las calles están sucias y la gente es ruda, más que ruda, en realidad, son brutales. Los drogadictos con miembros destrozados se arrastran por los callejones, colapsados por las drogas que consumen. Aun sabiendo que es peligroso, los niños hambrientos se escapan del orfanato por la noche para rebuscar en los montones de basura...».





—Espera, al orfanato se le suministran recursos según su número de alumnos.

Ante el comentario de Ilay, solté una risa seca.

—¿Y crees que todo eso nos llega a nosotros?

—Se supone que el orfanato debe formar talentos para el Imperio. Ese tipo de malversación no debería permitirse... ¿o soy demasiado ingenuo?

Ilay esbozó una sonrisa amarga. No me molesté en negarlo.

«Malversación o no, ya no me importa. Voy a formar parte de la Guardia Imperial».

En algún momento, mi racionalidad había dejado de lado los sentimientos negativos. Pensándolo bien, no tenía motivos para envidiar al noble joven maestro.



En ese momento, Ilay y yo estábamos en igualdad de condiciones. Algún día, lucharíamos codo con codo. Solo un tonto mantendría malas relaciones con un aliado.

—Si tienes alguna pregunta, adelante. Si sé la respuesta, te la diré.

Había un tono de tranquilidad en mi voz. Ilay esbozó una leve sonrisa y apoyó la barbilla en la mano.

—Entonces, ¿alguna vez has salido del Imperio?



Entrecerré ligeramente los ojos. Su pregunta era extraña. Me costaba interpretar sus intenciones.

—Nací y crecí en la capital, Akbaran.

Respondí con calma. Ilay siguió sonriendo mientras se levantaba.

—Yo también.

Con eso, Ilay salió de mi habitación.

* * *

El comandante de la Guardia Imperial solía aparecer en los lugares de entrenamiento y educación de los cadetes, normalmente en los días en que los ejercicios eran peligrosos o especialmente importantes.



Hoy era un día peligroso e importante.

Clank.

Una sensación de frío me oprimió la muñeca. Tenía las extremidades atadas con correas, lo que solo me permitía mover los dedos de las manos y los pies.

Al girar la cabeza, vi a otros cadetes en la misma situación. Sus rostros mostraban claros signos de tensión. Probablemente, mi expresión no era muy diferente.

«Entrenamiento de tolerancia al dolor».



Entre los diversos planes de estudio, este era conocido por ser el más horrible. En esencia, era un entrenamiento para soportar la tortura.

Miré a través del cristal a las personas que estaban al otro lado. Los guardias imperiales retirados que ejercían de instructores estaban allí de pie con expresiones indiferentes. Detrás de ellos, se movían científicos y técnicos.

El comandante de la Guardia Imperial estaba de pie con los brazos cruzados, observándonos. Su mirada se detuvo brevemente en mí antes de pasar a otro cadete.

Crackle.

Una corriente eléctrica saltó de los electrodos conectados a mi cabeza y extremidades. Mi cuerpo se tensó instintivamente.

«Es solo una señal falsa. No es real».

Me lo repetí a mí mismo, pero las sensaciones en mi cerebro no eran diferentes de las reales.

¡Pum!

Un sonido agudo llenó la habitación desde el altavoz situado en lo alto. No era como si alguien me hubiera apuñalado realmente.

«Una puñalada en el abdomen».





Miré mi estómago. Mis músculos abdominales estaban espasmódicos. Aunque nadie me había tocado, mi piel se enrojecía como si tuviera un hematoma.

¡Bang!

El estruendo de un disparo me trastornó la mente. Me dolía el hombro como si me hubieran disparado allí.

¡Corte, tajón!

Una señal de corte atravesó mi brazo, como si una cuchilla lo hubiera rajado. La discordancia entre la realidad y las señales me dejó el cerebro aturdido. Parecía una broma, pero era real. Dolía, un dolor terrible y repugnante.

«No dejes que tu cerebro te engañe; engaña a tu cerebro».

La voz grave del comandante resonó en la sala. Sin embargo, ninguno de los cadetes estaba escuchando realmente. Todos hacían muecas de dolor, apenas soportando el dolor implacable. Algunos habían perdido por completo el control de sus funciones corporales.

«No dejes que tu cerebro te engañe; engaña a tu cerebro».

Me obligué a repetir las palabras.

¡Zas!

Esta vez, era una quemadura. La sala parecía calentarse, con el sonido de las llamas ardiendo a mi alrededor. Mis manos y pies temblaban, y sentía cómo cada poro de mi cuerpo se abría en respuesta.



Entrenamiento o no, sentía que iba a morir. Retorcí mi cuerpo, tratando de liberarme de las ataduras. No era una imagen particularmente digna.

«¡Ayuda, ayúdenme! Por favor, ah, ¡Aaaaargh!».

Afortunadamente, no era mi voz. El cadete a mi lado estaba gritando. Yo aún no me había orinado encima y los gemidos que escapaban de mi garganta aún eran manejables. Diría que, considerando todas las circunstancias, lo estaba aguantando bastante bien.

«Recuerda por qué estás soportando este dolor».

La voz del comandante de la Guardia Imperial sonaba lejana, como si viniera de muy lejos.

La razón por la que estaba soportando este dolor. La razón de este agotador entrenamiento. ¿El ascenso? Claro, eso era parte de ello. Pero...

«¡Por el Imperio y Su Majestad, el Emperador!».

Alguien lanzó un grito desesperado.

«Así es...».

Lo sabía bien. El protector de la humanidad, el corazón del Imperio, nuestro Emperador...

«Por Su Majestad, el Emperador...».



El cadete a mi lado murmuró. Abrí ligeramente los labios, preguntándome si incluso susurrar esas palabras podría aliviar el dolor.

«Pero...».

¿Pero qué?

Vroooooom.

Comenzó la siguiente fase. Mi respiración se aceleró. Me costaba respirar. El sonido del agua chapoteando se hizo más fuerte hasta que incluso mis oídos se sintieron sumergidos y amortiguados.

Me estaba ahogando.

Solo era una señal falsa, pero parecía tan real. Maldita sea. Malditos científicos. Con todo su intelecto, habían creado un dispositivo para este tipo de tormento.

«No dejes que tu cerebro te engañe...».

Tenía la boca llena de sangre. Debía de haberme mordido los labios y las mejillas con abandono.

«... engañar a tu cerebro».

Maldita sea, ¿qué se supone que significa eso?





Intenté abrir la boca para gritar, pero mis pulmones no tenían aire. Sentía como si se hubieran marchitado.

Respira. No es real. Es falso. No es real.

Quería golpearme el cráneo y aplastar mi cerebro hasta convertirlo en pulpa. Esta estúpida materia gris ni siquiera podía distinguir la realidad del engaño. Qué tonto.

¿Cuándo terminaría esta maldita tortura? ¿A esto le llaman entrenamiento?
¿Están bromeando?

iBzzzzt!

Oí cómo se apagaba la señal eléctrica. El dolor que se había enroscado alrededor de mi cuerpo comenzó a desvanecerse.



«Hah... hah...».

Jadeé en busca de aire. No tenía fuerzas para levantar la cabeza, y mucho menos para abrir los ojos. Aunque las señales habían desaparecido, los efectos secundarios del dolor que había desgarrado mi sistema nervioso y mi cerebro persistían.

Paso, paso.

Los pasos se detuvieron justo delante de mí. Abrí los ojos débilmente.

—Luka, ¿ha sido soportable?



Era la voz del comandante de la Guardia Imperial. Estaba de pie delante de mí. Quería soltar una serie de maldiciones, pero me contuve con la última pizca de paciencia que me quedaba.

«Como... es falso, es soportable...».

«Sí, es falso».

El comandante extendió una de sus manos hacia mi cara. Fruncí el ceño, confundido.

¿Qué... demonios... está haciendo...?

El comandante sonreía fríamente. Su mano áspera se acercaba a mi ojo derecho.

«Pero esta vez es real».

En cuanto terminó de hablar, la mitad de mi mundo se oscureció.

iPop!

El comandante me había extraído el globo ocular derecho. Mi ojo no era un implante sintético. Era mi ojo real, conectado al nervio óptico.

iSquish!

Apretó mi globo ocular entre el pulgar y el índice hasta que estalló.





Miedo, desconcierto y confusión. Los colores de mis emociones cambiaban rápidamente dentro de mí.

El dolor era insignificante. Solo sentía una vacía sensación de pérdida física. Era un dolor que podía tolerar, nada comparado con el entrenamiento de tolerancia al dolor.

En cambio, una fría claridad se filtró en mi mente.

Maldita sea, el entrenamiento había funcionado. No podía negarlo. A pesar de haber perdido un ojo, no perdí la compostura. Era solo un ojo que algún día me habrían quitado de todos modos. Mi cuerpo acabaría siendo sustituido por una prótesis completa.

«... Ya que estamos, me gustaría pedir un ojo con la función de predecir trayectorias».



El comandante abrió mucho los ojos y se echó a reír. Al parecer, le había gustado mi respuesta.

Ssshhh.

Lágrimas de sangre brotaban de la cuenca vacía de mi ojo derecho. Levanté la cabeza y miré a mi alrededor con mi visión parcial.

Ahora entendía por qué el comandante había acudido a mí. Todos los demás se habían desmayado.

Maldita sea.

JabraScan
RexScan



BAD BORN BLOOD

Scary Storyteller Digital Story Reader V0.0.0

Bad Born Blood
Traducción : Leo

